

Erica Van Horn



Aún nos queda el teléfono

Traducción del inglés de Ana Flecha Marco



ALPHA DECAY

a mi madre, por supuesto

Mi madre y yo estamos escribiendo su obituario. Llevamos varios años redactándolo. Antes de que nos pusiéramos a ello, mi madre ya había empezado el proyecto con mi hermana mayor. Quiere hacerlo bien. Cuando murió mi hermana, la tarea de reescribir, retocar y editar me tocó a mí. Si me pasara algo, mi hermana pequeña tendría que tomar el relevo. El periódico cobra cincuenta céntimos por palabra por los obituarios. A mi madre no le importa lo que cueste, porque no va a tener ataúd ni funeral. Ni siquiera va a tener una incineración rápida y discreta. Ha donado su cuerpo a la ciencia y, cuando acaben, no le importa lo que ocurra con lo que quede de él. Lo que le preocupa ahora mismo es que su cuerpo sea demasiado viejo para resultarle de interés al departamento de investigación. También le preocupa que, como vive sola, podría morir sin que nadie se percate de su ausencia de inmediato. La facultad de medicina solo acepta un cuerpo si puede recogerlo pocas horas después de la muerte. Mi madre detesta el derroche. No quiere que su cuerpo se desperdicie. Quiere que sea útil a la ciencia. La última vez que las contamos, su obituario tenía seiscientos diecinueve palabras, pero sé que aún no hemos llegado al último borrador.

Cuando voy a verla, mi madre insiste en que dediquemos una mañana a escribir el obituario. Y así lo hacemos. Después, vamos a comer fuera y comentamos todo lo que hemos estado haciendo, entonces ya sin bolígrafos ni papel. La conversación que tenemos mientras comemos es distinta. Durante los últimos días, antes de que tome el vuelo de vuelta a casa, paso a limpio el borrador más reciente y lo imprimo para que ella lo revise

con atención. Se sienta a la mesa y enseguida empieza a cambiar cosas. Cuando por fin me marcho, ya ha hecho un montón de cambios. Al llegar a casa, lo reescribo todo en el ordenador, lo imprimo de nuevo y le envío a mi madre la última versión por carta. Esa es la versión que modificará con un lápiz y cambios pequeños y cautos hasta mi próxima visita.

Me pregunto si volveré a ver a mi madre.

Durante este último año, un amigo y yo hemos estado hablando de la posibilidad de no volver a ver a nuestras madres. La madre de mi amigo falleció ayer. Tenía ciento tres años y murió en la cama, en su casa, con su hijo al lado. Se despertó por la noche y le dijo que quería volver a dormir, así que él le dio un abrazo y ella se durmió de nuevo y ya no volvió a despertar. Mi amigo no veía a su madre desde febrero. Yo no he visto a mi madre desde octubre del año pasado. Mi madre solo tiene noventa y cuatro años, es decir, es joven en comparación con ciento tres. Daba lo mismo que mi amigo viviera en Escocia y su madre en Inglaterra. Estaba a un viaje en tren de distancia. Mi madre vive al otro lado del océano Atlántico. Con la pandemia, las distancias se han igualado. Todas las distancias son imposibles. No se puede ir a ninguna parte. No se puede ir a ver a nadie.

La última versión del obituario hasta la fecha comienza diciendo que, al ser una niña en Londres durante la Segunda Guerra Mundial, mi madre tenía que llevar una máscara de gas. Si ella, o cualquier otro niño, llegaba a clase sin la máscara, la mandaban a casa a buscarla. A mi madre le gusta que su obituario empiece con esa información, porque siente que así su vida destacará entre todas las que aparecen en el periódico de New Hampshire. Ese tipo de detalles hacen que el obituario de mi madre sea algo extraño. Ella siente que, al ser distinto, es especial. Mi madre no nació en Winnisquam ni en Sunapee ni en Penacook. No nació en New Hampshire. Mi madre quiere que su vida quede escrita en sus propias palabras y con su propio énfasis en los hechos que quiere que se recuerden.

He estado tratando de recordar cosas sobre mi madre ahora, mientras vive. Me da miedo que cuando muera mis recuerdos adquieran una pátina distinta. Ella quiere contar su vida a su manera. Yo necesito recordarla a mi manera. Necesito aferrarme a las partes de ella que me generan ternura y necesito recordarme aquellas cosas que me resultan molestas. A mi madre le interesa su versión de los hechos. A mí me interesan los detalles. Estoy recopilando las cosas que puede que llegue a olvidar.

Mi madre nunca hace un huevo duro sin escribir en la cáscara en cuanto el huevo se enfría. Siempre escribe en los huevos con lápiz, nunca con bolígrafo. Si hay tres huevos, los puede llamar Wynken, Blynken y Nod. Si hay dos, Abbott y Costello. O Tom y Jerry. O Victoria y Albert. Los huevos reciben nombres de parejas o tríos o de grupos compuestos por el mismo número de integrantes que los huevos que ha cocido. Les pone nombre aunque esté sola en casa y vaya a comérselos en ese momento. Les pone nombre cuando ya están cocidos y se están enfriando en la encimera para que nadie pueda confundir un huevo cocido con uno crudo. Marca los huevos con nombres que escribe a lápiz en la cáscara porque es lo que ha hecho siempre.